

LA LUZ DEL OBRERO

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Cieza un mes. . . 0'30 ptas.
Fuera trimestre. . . 1'00 »

Director: JOSÉ ROS MARÍN

Toda la correspondencia á la Redacción,
ALBAICIN, 21.
No se devuelven los originales.

ANALICEMOS

Es mucho el alarde que desde tiempo inmemorial, viene haciendo esa clase, que se denominan privilegiados en «honor» y en «nobleza».

Analícemos ahora sus méritos, por los que con «orgullo» pueden llamarse en esa forma.

La primera razon, á nuestro entender, que existe en su contra, es: Que la Naturaleza nos ha hecho á todos iguales. El más sabio como el más ignorante tienen el mismo derecho á la vida. Luego no pueden existir esos privilegios.

¿Serán por sus méritos por lo que se llaman privilegiados? ¿Por sus buenas obras por lo que se llaman nobles? Nada de eso. Los burgueses no pueden presentar más y mejores de unos y de otras que los obreros.

Los alimentos, los vestidos, los albergues, los muebles y todo lo necesario para la vida, al obrero se le debe.

Jardines, paseos, caminos máquinas libros, lo necesario y lo superfluo, lo indispensable y lo que sobra, al trabajo mal retribuido del obrero, lo debéis.

Luego en todo eso ¿qué ha puesto esa clase? Nada.

Dirán que su dinero; ¿es que acaso ese dinero le pertenece? ¿Acaso han expuesto su vida una sola vez para extraer los metales de las entrañas de la tierra, como el minero? ¿o han acuñado ellos? No.

Luego ese dinero, esas joyas, esos carruajes, esos lujosos muebles, todas esas comodidades que disfrutais, se las debéis al obrero, y vosotros las gozais á cambio de un miserable jornal, insuficiente para cubrir nuestras más perentorias necesidades.

Vamos cuál es la obra de la burguesía. Temo llegar á ella, porque la obra, de parte de esos hombres, tan limpios exteriormente, es inmunda, mancha y avergüenza.

Yo veo á la esposa vender la honra de su marido, seducida quizá, por el dinero que le ofrece uno de esos seres; unas veces explotando su ignorancia, otras su necesidad. ¡Y luego se muestran ufanos de su obra, siendo uno de los crímenes más monstruosos que puedan cometerse, porque el que roba la honra es como el que mata, jamás podrá restituirla!

Vamos más adelante y veremos esas casas, donde tantas desgraciadas, jóvenes y hermosas mujeres, purgan la falta cometida, engañadas por el burgues, para morir en la flor de su vida, anémicas en un Hospital.

Vamos después á esas casas llamadas «Inclusas» y las veremos llenas de niños desgraciados, arrojados allí para tapar sin duda la deshonra causada por alguno de esos señorones que no tienen otra ocupación. Allí los vemos llegar á mayor edad, (si pueden sufrir los padecimientos y miserias que allí pasan) y ser arrojados en medio del arroyo, en donde despreciados, tal vez por los causantes de su infortunio, perecer de frío y de hambre, mientras que los que los engendraran derrochan el dinero en inmundas bacanales.

Y eso el que tenga valor suficiente para morir en medio de la calle de esa forma, y no se convierta en un criminal, el cual tal vez sea sentenciado después, por aquél á quien deba su miserable existencia.

¿Y homicidios? ¡Que horror!

De cuántos sois autores por vuestras ambiciones. Esas guerras fratricidas en donde mueren millares y millares de víctimas inocentes, arcaneadas á la paz y al amor del hogar paterno.

Luego si el homicidio es un crimen ¿cuántos crímenes pesan sobre vuestra conciencia? Si es que os dais razon de ello.

Esa es vuestra obra. Os causará horror pero aceptarla, porque es vuestra. Que ya llegó el día que el obrero os la arroja al rostro.

En los tiempos primitivos todos los hombres eran iguales; después se dividieron en señores y esclavos; es decir; que unos pasaron á ser un objeto ó una cosa de otros, como un mueble.

Hoy esos señores han pasado á llamarse burgueses y los esclavos obreros. Pero estos esclavos, exigen y lo conseguirán, que se les respete, si vosotros á vuestra vez queréis ser respetados.

Poco á poco irán derrumbándose esos privilegios y gerarquias tan ficticias y volveremos á ser todos iguales como en los tiempos primitivos, sin que haya sangre azul; que esa es la ley de la naturaleza.

BARTOLOME JIMENEZ

EL GRAN BURGUES

Todo es suyo: los mares y la tierra; el fondo del planeta y el espacio, el valle, las marinas y la sierra, el nido, la caberna y el palacio.

Es suyo el manantial y el arroyuelo, el pardo ruiseñor y el bosque umbrío, el éter que funda el alto cielo y la gota brillante del rocío.

Suya es la tela que el gusano hila, suya la estela que la araña trama, suyas las mieles que el panal destila suyo el perfume que la flor derrama.

Suya la nube vaporesa y leve, suya la bruma que ensombrece el día, suyas las masas de encumbrada nieve, suya la escarcha deleznable y fria.

Suyo el hondo rugir de la tormenta y el eterno rumor del oleaje y la queja rimada y soñolienta del arroyo que corre entre el ramajo.

Suya la alfombra que tapiza el prado y la epidermis de la dulce poma y la piel del armiño immaculado y el plumaje sin par de la paloma.

Suya la hormiga que las vegas puebla y suyo el buitre que en la brocha anida suyo el soplo que rasgó la niebla, y suyo el fuego que encendió la vida.

